



## Jacques Lovichi

Dos textos enmarcan *Les derniers retranchements* de Jacques Lovichi, una antología personal en la que retiene los poemas desde 1965 a 1995, que considera como su testamento poético. Dos análisis, primero el prefacio de Alain Borer que enfoca la continuidad de una obra entorno a un verso emblemático de Lovichi que dice “exceso callará”, resumiendo así gran parte de su poética, y por otra parte el epílogo de Jean-Max Tixier que hace hincapié en la fractura existencial que funda la lírica de Lovichi. De dichos textos –el cómo según Borer, y el por qué según Tixier– hemos traducido dos extractos significativos que permiten abarcar con eficacia y profundidad la dinámica de una escritura necesaria en el panorama de la poesía francesa de finales de siglo XX.

F.-M. D.

### I

Cierta insistencia, en todo proyecto de escritura, da forma a la obra. Basta con considerar la década de los ochenta, desde la novela *Mangrove* (1982) hasta el poemario *Fracturas del silencio* (1986), para medir la parte de intuición –fuera de toda duración– y la de la obstinación –fuera de la erosión– que transforma una obra en guerrilla contra el tiempo. En ese proyecto de “re-escribir / incasablemente / el mismo poema”, asistimos a una inversión del exceso callado. El poeta resiste al espacio de la misma forma que se adapta al tiempo para resistirle. Lovichi orienta su esfuerzo hacia lo imposible: formar *mangrove*, un bosque impenetrable de mangles que “invade la página blanca [...] por proliferación, por brote” a partir de casi nada, es decir hasta que el saber, el deseo, el humor y la más libre creación proliferen de modo objetivo, liberando al escritor y la escritura. La excelencia por venir desbarata la relación entre silencio y exceso. Al contrario de Louis-René des Forêts que escribía: “Me callo porque me agota tanto exceso”, este “casi nada” en que se concretaría el escrito utópico actualiza como en el jazz la rebosante anterioridad de su búsqueda o de sus esbozos. Lovichi, como Ezequiel en su visión, practica la problemática del libro engullido. Masticado, desgatado, devuelto hasta que “cree un lugar”. Crear un Sur. Un espacio liberado, exaltado-exuberante, erótico-metafísico, escalonado y profundo, tal vez el del buceo submarino, interiorizado.

Así es el otro exceso –en el sentido del incansable “derroche” de Georges Bataille– que conviene hacer, cuando muchos lo exhiben: para Lovichi el “derroche” se pierde al ser ostensible, el exceso no se gana sin reserva. Podríamos volver a formular el *tractatus Lovichis*: “lo que sobra habla, y esto es lo que calla”. Habría que decir cómo aquella forma del “derroche”, lo que me pasa por encima al decir y que callo, desborda la escritura y emprende distintas formas en la vida – especialmente la discreta generosidad. En esta capacidad de belleza contrariada por la época, tanto como en el “derroche” reservado, Jacques Lovichi tuvo –y tendrá– dos veces razón, porque en aquel tiempo ya no se trataba de componer un poema hermoso, como tampoco se trata de deshacerlo.

Alain Borer

### II

En Jacques Lovichi, la poesía traduce el esfuerzo desesperado para resolver una fractura existencial cuyos segmentos van desgarrándose. Hoy él sabe que es en vano, pero sigue sin resignarse. Al comienzo hubo el canto, pronto vuelto san-

gre y luego sentido cuando el poeta midió sus límites y supo que sus hechizos escondían una trampa que podría serle fatal. Siempre escribimos por y pese a nosotros. De ahí ese equilibrio condenado de antemano que pone de manifiesto *Definitivo provisional* (1980) y ese crimen metafórico al que sobrevive el tiempo del *El ahogamiento de las aguas* (1973). El poeta Lovichi es consciente de que la única actitud válida, la más digna, la más lúcida, sería callar. De forma que la escritura le parece la mejor manera de callar el silencio, de comunicar su densidad, de despertar en el centro de la lengua-materia la radiación que lo revela y lo roe. Hay en sus textos una mezcla de púdica altivez y de sufrimiento en el vivir que no engaña sobre su autenticidad, una obsesión de lo inaceptable, un rechazo de la caída, un miedo a la muerte, que son el humus en el que hunde sus raíces la palabra. ¿Existe otra esperanza de romper el silencio? Sin embargo, de poema en poema, el silencio es una pared de cristal que se quebranta contra la nada y que hay que levantar con paciencias de tinta.

Entonces Jacques Lovichi intenta salvar la palabra por un cambio estratégico capaz de transformar el futuro en memoria. Éste es el sentido de una de sus últimas entregas: *Detrás, siempre está la muerte* (1991). En lo que ha pasado y nunca volverá a ser, ya que hasta el recuerdo trasforma y construye cogiendo del porvenir. Pero, también bajo cada piedra que levanta, cada palabra, lo oscuro lucha contra lo oscuro. Es preciso reducir la opacidad del lenguaje para resorber la noche.

El poeta avanza con paso inseguro, sabiendo que cada página ganada lo vence un poco más, que cada imagen arrancada a la noche debilita un poco más las tinieblas que lo constituyen. Inquietud. Cansancio. Demora. Irrisión. Violencia del instante prometida a la vanidad. Me parece que Jacques Lovichi se mueve en una paradoja que, de alguna manera, se ha convertido con los años en algo substancial. En esta perspectiva, lo más duro, lo más sólido no es lo que construye al ser sino lo que le debilita. El poeta prefiere apoyarse en lo que lo destruye. Va cogiendo de las fuerzas corroedoras. El águila que con el pico le devora la carne no tiene otra consistencia que el lugar del dolor. Lo sabe, sólo el dolor sigue vivo y lo vuelve a traer entre los vivientes. Pasado su fulgor, no queda nada sino la doble noche de la carne y del alma.

Jean-Max Tixier

